

LA FÁBRICA INTERDISCIPLINARIA EN CIENCIA POLÍTICA. REFLEXIONES A PARTIR DEL CASO DEL PARTIDO APRISTA PERUANO

Daniel Iglesias¹
Universidad Paris Diderot

Resumen

Desde hace unos treinta años la interdisciplinariedad se ha puesto muy de moda en el mundo de la Ciencia Política, ya que muchos vieron en ella el remedio para superar los obstáculos epistemológicos que afectaban esta disciplina. El diagnóstico fue sobre todo que los politólogos no tomaban en cuenta el carácter temporal de las actividades políticas y que no se interrogaban lo suficiente sobre los marcos históricos dentro de los cuales se ejerce la política. El presente artículo ofrece un análisis de los desafíos de estos intercambios a partir de una exploración del ejemplo del Partido Aprista Peruano. Se centra en particular sobre el doble movimiento de aculturación disciplinaria creado por la sociología histórica de lo político: 1) la movilización de herramientas metodológicas de la Historia y de la Sociología 2) la afirmación de los objetos políticos como objetos interdisciplinarios.

Palabras clave: *sociología histórica de lo político, Partido Aprista Peruano, Historia, Sociología*

¹ El autor es Doctor en Historia por la Universidad Paris Diderot. Actualmente es profesor contratado por la Universidad du Havre y investigador en el SEDET, Universidad Paris Diderot. Especialista de sociología histórica de lo político, su trabajo más reciente se titula *Les mythes fondateurs du Parti Apriste Péruvien: Sociohistoire de la culture politique d'un parti latino-américain*, Paris, Editions de l'IHEAL, 2012.

*"Sociology without history resembles a Hollywood set: great scenes, sometimes brilliantly painted, with nothing and nobody behind them"*²

Introducción

Si bien existe un consenso en el mundo académico en torno a que la Historia y la Ciencia Política pertenecen a las ciencias sociales, las prácticas de investigación tienden a decirnos lo contrario. Como historiadores o politólogos, no es muy fácil comprobar que existen ciertas resistencias al interior de estos dos campos del conocimiento. En efecto, no es nada raro escuchar de la boca de algún jurado de una tesis de Master o de Doctorado, en coloquios o en el seno de los comités editoriales de ciertas revistas, opiniones descalificando las propuestas interdisciplinarias.³

Que estos argumentos sean empleados para descalificar propuestas académicas o a estudiantes en formación forma parte, desgraciadamente, de la cultura universitaria, pero que estos últimos sean tomados en serio por los otros miembros de la comunidad académica manifiesta el estado de la producción científica, lo que no debería dejar de llamarnos la atención.

Estas argumentaciones nos muestran que la distinción entre disciplinas, la preservación de las fronteras de cada una contra las amenazas de las otras y la reafirmación de las especificidades disciplinarias siguen siendo objeto de luchas —ya sean conscientes o inconscientes— donde intervienen intereses profesionales, sistemas de jerarquización de los saberes y finalmente las identidades de los que se reivindican de tal o cual disciplina.

A pesar de estas resistencias, la sociología histórica de lo político se ha venido desarrollando como uno de los campos más fértiles de la Ciencia Política desde hace más de treinta años. Esto ilustra la fuerza de un proceso que permitió una renovación de las prácticas de investigación gracias a una mayor atención a la temporalidad e historicidad de sus objetos de estudio: utilización de archivos públicos o privados, contextualización de las prácticas políticas, insistencia sobre el carácter diacrónico de las manifestaciones políticas, comparación histórica entre varios campos políticos, atención a la conexión entre hechos políticos y hechos sociales. Este proceso aportó nuevas lecturas de la actividad política que fue vista a través de la evolución de sus actores y de las prácticas de estos últimos. Esta historización de la Ciencia Política acentuó, de ese modo, el interés de las diversas ciencias sociales por la inscripción de sus temas en nuevos marcos temporales y espaciales. Esto tuvo como consecuencia a nivel académico que ciertos autores como Charles Tilly (Tilly, 1978), Theda Skocpol (Skocpol, 1979), E.P. Thompson (Thompson, 1966) se conviertan en referencias metodológicas en la politología y fueran integrados a múltiples propuestas sobre el desarrollo del Estado, los conflictos sociales, la democratización o, incluso, la politización de las clases sociales.

La Historia es particularmente útil para analizar las instituciones políticas. Permite, en efecto, comprender entre otras cosas la evolución de los diferentes fenómenos políticos y cómo se definen los discursos políticos cuyas propiedades son el reflejo de los contextos históricos y sociales. A diferencia de los textos jurídicos, permite, por ejemplo, ver que las instituciones o las

² "La sociología sin la historia se parece a un set de Hollywood: grandes escenarios a veces muy bien pintados pero con nada ni nadie detrás de ellos." Tilly, Charles, "History and sociological imaging", *La Revue Tocqueville/the Tocqueville Review*, n°1, 1994, p.57-72

³ Estas opiniones se expresan muchas veces de manera muy directa a través de frases como: "es un excelente trabajo pero no es un trabajo de ciencia política" o "ha trabajado de manera excelente las fuentes pero no ha estudiado historia".

organizaciones tienen una historia. Charles Tilly distingue, en ese sentido, cuatro tipos de utilización histórica en la Ciencia Política: la crítica social que reconstruye el pasado para comprender mejor el presente y el futuro, la identificación de sistemas políticos para observar su permanencia o su desaparición en la actualidad, la generalización de tipos de comportamientos políticos en la historia, y el análisis de los procesos políticos como fenómenos históricos cuya historicidad explica su naturaleza. A pesar de estos esfuerzos, ciertos investigadores continúan asociando únicamente el estudio del pasado a la diacronía y a los historiadores, así como el presente a la sincronía y a los politólogos. Esto pone de manifiesto cierta incompreensión mutua y deja en claro el vacío que separa las ciencias sociales a pesar que los enfoques diacrónicos y sincrónicos no pueden borrar la historicidad del mundo social. Si bien la Historia aborda la política como una evolución histórica y la Ciencia Política lee la temporalidad como uno de los componentes de los fenómenos políticos, ninguna de estas dos disciplinas puede omitir que es imposible comprender la política sin tener en cuenta la historia.

El presente artículo no pretende resolver todas las dificultades ligadas a la utilización de la historia en la Ciencia Política ni proponer una teoría única que permita comprender la temporalidad de las actividades políticas en las diversas ‘ciencias históricas’, según las palabras del sociólogo alemán Max Weber. Más bien, busca reflexionar respecto a estos temas a partir del caso del Partido Aprista Peruano; es decir, el partido histórico del sistema representativo peruano cuya historia y sociología siguen siendo poco conocidas a pesar de la existencia de ‘luces y sombras’ alrededor de esta organización (Aguirre, 2009: 159-164). El Partido Aprista Peruano (PAP) presenta, según nuestro parecer, dificultades y potencialidades como objeto de estudio que dejan al descubierto las tensiones, contradicciones y lecturas que pueden nacer de una propuesta interdisciplinaria. Este

partido y su historia son particularmente interesantes. Desde luego, uno se pregunta a nivel metodológico qué combinación utilizar para comprender la institucionalización política a nivel organizativo y los factores sociopolíticos o históricos que permiten construir instituciones en el Perú. Por ello, en un primer momento, expondremos a partir del ejemplo aprista las principales dificultades historiográficas que levanta la sociología histórica de lo político. En un segundo momento, detallaremos, a partir del caso estudiado, la temática de las categorías de análisis que pone en relieve esta perspectiva metodológica. Y luego, en un tercer y último momento, nos centraremos en la problemática de la dimensión sociológica que plantea este tipo de enfoque.

La sociología histórica de lo político como relación instrumental a la historia

La manera más clara que existe para mostrar la historicidad de los objetos de estudio consiste en revelar su génesis. Este tipo de enfoque reivindicado tradicionalmente por la sociología histórica de lo político a partir de una integración de los trabajos de sociólogos alemanes importantes, como Norbert Elias (Elias, 1982) o Max Weber (Weber, 2003), busca demostrar que toda entidad política es el fruto de una transformación prolongada de sus componentes. El Partido Aprista Peruano representa un desafío para los politólogos y los historiadores que intentan seguir los pasos de estas lecturas del pasado y de su relación con el presente. A pesar de la excelente literatura existente en ciencias sociales sobre sus discursos (Kantor, 1964), su evolución ideológica (Manrique, 2009), su evolución simbólica (Vega Centeno, 1986) o sus raíces sociales (Klaren, 1976), este partido sigue siendo un terreno de investigación muy fértil para reflexionar sobre la construcción y la evolución de las temporalidades de la política peruana. Es decir, presenta características que nos obligan a interrogarnos sobre la transformación de la cultura y de la actividad política en el país que

solo puede ser comprendida a partir de una exploración de los procesos políticos como: prácticas históricas, encadenamiento de hechos sociopolíticos, respuestas y utilización de recursos propios a una época dada y conductas normativas dentro de marcos institucionales históricamente datados.

La primera dificultad que deben de afrontar estas propuestas se refiere al acceso al material histórico o la posibilidad de realizar métodos de análisis sociológicos. El Partido Aprista Peruano no cuenta, desgraciadamente, con un archivo oficial como suelen existir en otros países del mundo, como por ejemplo, Venezuela, donde se encuentra el archivo de su partido hermano, Acción Democrática. Esto no significa que cualquier tipo de vistazo al pasado aprista sea imposible, ya que existen numerosas fuentes (libros, testimonios de apristas o de antiapristas, documentos políticos, correspondencias e incluso fuentes en varios países del mundo como Francia, Argentina, Rusia o Estados Unidos) que acreditan lo contrario. Por otra parte, nada le impide al investigador solicitar entrevistas a los apristas que desempeñaron un papel importante en los años sesenta, setenta, ochenta o en la actualidad. Creemos, incluso, que dicha perspectiva permitiría comprender los significados para los actores de su militancia política y matizar, así, las presentaciones de la militancia aprista que exponen las fuentes.

Sin embargo, esta movilización del pasado no se encuentra libre de ciertos peligros a nivel metodológico. Confronta, en efecto, al investigador con dos tipos de dificultades que son el resultado de una lectura de la historia que pretende romper con el sentido común sobre ciertos fenómenos pasados. Primero, la sociología histórica tiene que alejar la tentación

de dejar de lado ciertas fuentes por el motivo de que son poco fiables o que no satisfacen en cuanto están alejadas de los objetivos primarios (definir un concepto o romper con el sentido común). Segundo, tiene que encontrar la manera de resolver la problemática de los conceptos necesarios para leer las fuentes. En el caso aprista, podría ser, por ejemplo, la utilización de ciertos términos para explicar los mecanismos de movilización de este partido político. Esto consistiría en ver la pertinencia de ciertos conceptos sociológicos o políticos para examinar acciones pasadas que forjaron tipos de acciones colectivas presentes como el hecho de tomar las calles o utilizar cierta retórica discursiva. En ese sentido, la historia del PAP nos ofrece varios ejemplos que marcaron la manera de hacer política en el Perú a través de hechos como la participación política durante la sublevación de Trujillo de 1932 o las menciones a la nación peruana en los discursos públicos de Haya de la Torre, Manuel Seoane, etc.

Como todo análisis, necesita de la textualización del pasado, este marco de análisis no puede omitir las exigencias que le incumben a nivel de su relación con los trabajos historiográficos. Es ahí donde el ejemplo aprista nos ofrece un claro ejemplo de las enormes dificultades que existen. Partiendo del principio que la realidad o, más exactamente, su conocimiento es una construcción social e histórica (Berger, Luckmann; 1966), el politólogo tiene que afrontar ideas consolidadas sobre el PAP que se explican por el peso y la difusión del propio trabajo historiográfico aprista como por ejemplo: los libros del historiador Luis Alberto Sánchez.⁴ Para evitar caer en la tentación de juzgar el pasado, una de las soluciones que se ofrece es inspirarse de la sociología de Weber o de Elías (Eliás, 1990) que recomienda adoptar cierta empatía hacia

⁴ Los tres tomos de Luis Alberto Sánchez sobre la historia del Partido Aprista Peruano llamados *Apuntes para un biografía del Apra* publicados en 1978, 1979 y 1982

las fuentes. Esta sociología nos invita, en efecto, a reflexionar sobre el rol de la subjetividad del investigador frente a sus objetos de estudio y a tomar en consideración la existencia del riesgo de sobrevalorar o, por el contrario, de dejar de lado ciertas fuentes por motivos meramente personales que los investigadores tienden a ocultar inconscientemente. Nos propone, por consiguiente, construir nuestros objetos de estudio partiendo de un análisis previo de nuestra relación directa con estos, utilizando, para ello, una metodología que lee las fuentes como huellas del pasado que son objetivadas gracias al trabajo del investigador. Con este marco teórico, podría así lanzar hipótesis que examinarían la construcción de las carreras políticas en el Perú como construcciones sociopolíticas, la personificación política como espejismo de las transformaciones del espacio público o la utilización política del pasado como arma en el marco de acciones colectivas. Situando las fuentes en su contexto histórico no solamente como testimonio del pasado, sino también como residuos de luchas de poder, este enfoque podría mostrar más detalladamente la evolución de las formas de caudillaje en el Perú contemporáneo, donde los ejemplos de los dignitarios apristas ocuparon siempre un lugar clave en cuanto actuaron con herramientas político-culturales que han ido cambiando y transformándose hasta la actualidad.

La sociología histórica de lo político como relación al lenguaje científico

Según Max Weber, la historia se caracteriza por su relación con los valores históricos de una época dada. Si los historiadores tienen que afrontar prejuicios que forman parte de la pluralidad de las memorias nacionales, los politólogos que estudian instituciones políticas están aun más expuestos a este tipo de dificultades. Como todo compromiso histórico entre diversas fuerzas o individuos politizados, los partidos políticos objetivan representaciones del poder político que pueden ser históricamente datadas y que

son objeto de deformaciones a lo largo de la historia. En ese sentido, el politólogo tiene que afrontar juicios de valor, críticas o puntos de vista consolidados que dificultan su trabajo, ya que estas opiniones se basan en definiciones ideales del buen gobierno o del modelo ideal de partido político; incluso cuando ciertos trabajos piensan sobrepasar estos problemas movilizándolo la historia, estos nunca logran desprenderse del todo de conceptos o de un vocabulario que esconden valores explícitos. Por consiguiente, el estudio de la historia de un partido político supone una relación con el lenguaje científico que es fruto de posicionamientos pasados y presentes.

El Partido Aprista Peruano es, sin lugar a dudas, un claro ejemplo de estas dificultades, ya que ocupa un lugar central en la producción intelectual sobre el populismo, lo que dificulta su estudio y comprensión. En efecto, no es raro ver alusiones al PAP como ‘populismo original’ (Álvarez Junco, González; 1994) en diversos trabajos que buscan explicitar movilizaciones o regímenes políticos que incluyen al ‘pueblo’ como actor político. Es más, este partido aparece como una referencia clave en publicaciones que pretenden explicar las características del populismo – líder carismático, discurso de índole popular, referencias nacionalistas, alusión al pueblo– que justifican un *continuum* populista entre fenómenos tan diversos como el régimen actual de Hugo Chávez en Venezuela, el peronismo en Argentina o la presidencia de Alberto Fujimori en el Perú. Según esta lógica, sus orígenes marcarían el inicio de las manifestaciones populistas en el Perú como resultado institucional de las protestas sociopolíticas aparecidas entre los años 1920 y 1940. Este partido encarnaría la protesta social contra las desigualdades y el rechazo a la identificación con un ‘patrón extranjero’: antigua metrópoli o potencia económica vecina (antiimperialismo yankee). De igual manera que el peronismo argentino, su auge entre 1930 y 1990, habría sido el resultado de la combinación entre un efecto de imitación –estimulado por

la circulación de ideas antiimperialistas y la existencia de redes transnacionales— y una aspiración a una mejor redistribución de la riqueza nacional en beneficio de las clases populares desfavorecidas.

Esta consolidación del PAP como expresión clásica del populismo del siglo veinte se explica por la influencia de la historia intelectual (Bieber, 1982) desde hace más de treinta años, así como el aporte de varios clásicos de la Ciencia Política (Germani, 1975) que vinieron a enraizar la asociación entre el populismo y el aprismo. Según esta tradición, el populismo se caracterizaría por una cronología que comenzaría con los Narodnikis rusos del siglo 19 y con el *Boulangisme* en Francia —movimiento político del general Boulanger entre 1837-1891—, para continuar luego en América Latina con el nacimiento de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (Apra) en 1924. Todas las manifestaciones habrían producido, entonces, elementos populistas comunes que formarían un eje central propio a este tipo de movimientos: existencia de un jefe populista, llamado al pueblo y discurso público contra el sistema político tradicional.

Por otro lado, el Partido Aprista Peruano no es ajeno al otro gran fundamento explicativo de la categoría populista: la cuestión del clientelismo. Ayudadas por el vacío ideológico en torno al concepto de populismo y asociadas a la ausencia del carácter de clase en este tipo de movimiento, ciertas lecturas pretenden explicar este populismo-movimiento, a partir de su conquista y activación sociopolítica de una amplia base social. Al igual que la otra manifestación de tipo popular, como el peronismo argentino, este trabajo de calificación insiste en el rol de las corporaciones en la implantación local de este tipo de organizaciones. La influencia del PAP sobre los sindicatos agrícolas de las plantaciones de las grandes haciendas del norte del Perú en los años 1950 y 1960 sirve aquí como el factor explicativo que permite construir un marco que reúne las diferentes interpretaciones sobre el rol

de las clientelas en el devenir de esta organización. Esta designación del clientelismo como uno de los fundamentos del aprismo pretende de esa manera unificar los rasgos del populismo y la historia de esta organización, aclarando las diferentes posiciones que ocupaban las fuerzas sociales apristas. Esta asociación permite, desde luego, interpretar el aprismo como *ideal-tipo populista*, en tanto reúne hechos históricos heterogéneos por un sistema de relaciones. Finalmente, logra señalar una especificidad de las prácticas populistas correspondientes a un tipo preciso de actividad política.

Estos trabajos, o más bien el lenguaje científico que estos inducen, complican las propuestas que se puedan hacer en el campo de la Ciencia Política. El principal problema existente reside en la definición misma del aprismo; es decir, cómo pensar la ideología aprista fuera del ámbito populista. Es ahí donde surge con mayor fuerza esta imposición populista, ya que el aprismo es limitado a su imagen social debido a su carácter ecléctico y a su estatus de crisol ideológico —mezcla de marxismo, indigenismo, vanguardismo intelectual revolucionario, etc. Un politólogo que descubre el pasado aprista a principios del siglo veintiuno debe, por consiguiente, estar muy atento a la terminología que empleará para calificar la experiencia aprista, así como los discursos de sus principales figuras. Una utilización sin cuestionamientos de la palabra ‘populismo’ y una relectura del pasado aprista a la luz del último gobierno de Alan García Pérez conducirían, por ejemplo, a una desnaturalización del pasado de esta organización política, ya que impedirían pensar la política peruana del periodo 1930-1990 como un proceso histórico y político particular. En ese sentido, una utilización ciega del lenguaje científico actual correría el riesgo de leer la historia política peruana a la luz del sistema político actual, lo cual dificultaría su comprensión. En efecto, el investigador dificultaría su trabajo, pues crearía un marco de análisis donde la comparación entre el presente y el pasado

supondrían dicotomías permanentes: partidos estructurados vs. partidos sin militantes, cultura política partidaria vs. circo mediático durante las elecciones, políticos profesiones vs. políticos oportunistas, grandes figuras vs. personajes faranduleros, etc.

Creemos que la sociología histórica de lo político puede aportar soluciones para releer el fenómeno aprista y hacer valer su aporte heurístico para descifrar la historicidad del lenguaje utilizado por los actores estudiados. Más allá del problema de definición al cual el politólogo se encuentra inexorablemente sometido, la historización de la actividad política sigue siendo el único método capaz de mostrar la evolución de la utilización de un término, las luchas simbólicas que se dan en torno a este último y sobre todo los diferentes significados de las prácticas políticas para los actores. Demasiadas veces, en efecto, los acercamientos historiográficos sobre el PAP han buscado medir la simetría discursiva entre los discursos apristas y los grandes principios ideológicos, sin que por ello se examine la naturaleza precisa y los instrumentos que permitieron la existencia de este paralelismo (Pike, 1983: 479-519). Se trataba en particular de aislar el discurso aprista al interior de fronteras nacionales delimitadas, relacionando al mismo tiempo la unicidad política de esta corriente con una lógica de agregados y de reciprocidad intelectual. Esto nos remite, por lo tanto, al problema de la naturaleza sociológica de los parámetros y de las configuraciones que constituyeron la emergencia de esta corriente política. Pero así como la sociología histórica de lo político no puede borrar todos los problemas causados por la preeminencia de algunos términos científicos, tampoco puede eliminar los riesgos que existen, desde luego, cuando uno busca explicitar la naturaleza sociológica de una organización política. Es ahí donde el investigador debe ser particularmente hábil en la medida en que corre el riesgo de transformar su vistazo al pasado en una ‘cacería de brujas’.

La sociología histórica de lo político como sociología

En sus inicios en los años 1960 y 1970, la sociología histórica de lo político utilizaba la historia como un instrumento que le diese conocimientos y datos para luego elaborar modelos o leyes generales (Moore, 1966). Se trataba de mostrar la evolución de las actividades y de los dispositivos políticos en las sociedades contemporáneas (autonomía, racionalización, burocratización, profesionalización política, etc.) como un proceso general de diferenciación entre el campo político y el campo social que variaba según los países. De esta forma, la Historia permitía comprender la actualidad. A partir de la década de los ochenta este campo de investigación comenzó a ser criticado debido a que su generalización de los procesos históricos caía en la trampa de una lectura desarrollista de la historia que conducía a asociaciones históricamente e sociológicamente discutibles. A partir de una integración cada vez mayor de los trabajos de Norbert Elias sobre el proceso de civilización en Europa, de Charles Tilly sobre las revoluciones y la construcción del Estado o de Perry Anderson (Anderson, 1974) sobre los grandes cambios en la historia, se discutió sobre la pertinencia de ciertos conceptos para designar grupos sociales análogos de la historia.

Por ejemplo, a partir de una utilización de la idea de ‘habitus nacional’ de Elias, se criticó las propuestas muy generales que no subrayaban las diferentes vías nacionales en el proceso de construcción del Estado moderno y se abogó por una acentuación del estudio de los hechos históricos. Por otra parte, se movilizó la obra de Tilly para defender la idea que una lectura histórica pasaba obligatoriamente por una investigación que utilizará los mismos principios y métodos que los historiadores.

A partir de la década de los ochenta, esta atención a las fuentes tuvo como consecuencia que los

politólogos se interesaran en las condiciones sociales y en los procesos sociopolíticos que les permitiesen comprender las prácticas políticas. En pocas palabras, este nuevo tratamiento del material histórico permitió ver y comprobar directamente cómo se construían las relaciones entre los actores y cuáles eran sus relaciones con los otros campos sociales (religioso, económico, cultural, técnico, etc.). Sin negar la especificidad del campo político y su grado de autonomía, numerosos trabajos se interesaron en todas las dimensiones de la actividad política y, sobre todo, en los mecanismos que le daban vida, puesto que los politólogos podían acceder a un tipo de fuente que ilustraba las etapas, los conflictos y hasta los residuos de todo lo que daba vida a la política. Interrogación cada vez mayor sobre las estrategias y los actores a la luz de la riqueza de las fuentes y de su heterogeneidad, la sociología histórica de la política se fue entonces enfocando cada vez más en las relaciones de poder, en la institucionalización política como proceso histórico y en los lazos entre los actores. Todo esto dio lugar a un acercamiento con la Sociología e, incluso, relanzó el viejo y eterno debate alrededor del lazo entre Sociología e Historia, debate que siempre ha estado en el centro de las modalidades científicas que construyeron y transformaron progresivamente la historia social. En este caso, el debate se refería sobre la elección de una medida lo suficientemente larga para poder observar las transformaciones políticas y sobre la validez o no de las categorías sociológicas previamente definidas.

En el campo de los estudios sobre el Partido Aprista Peruano, estas propuestas siguen sin ser desarrolladas, los procedimientos científicos habiendo siempre tenido una relación particular con el análisis de los lazos interpersonales y en términos de actores. Incluso, el olvido de la hipótesis según la cual esta institución puede ser leída a la luz de los conflictos que la golpeaban es una buena ilustración de ello. Porque si bien la interpretación de la génesis del aprismo es clave para comprender esta organización, esta sigue

siendo un momento de su historia que no encierra todas las explicaciones de este fenómeno. En todo caso, las publicaciones sobre el PAP observan la vida de sus principales figuras, acentúan el lugar de Haya de la Torre en el dispositivo organizativo (Reveco, 1994: 53-70) o defienden su carácter puramente nacional (Murillo, 1976). Por el contrario, otras centralizan sus investigaciones alrededor del lugar de exilio de las principales figuras apristas (Sessa, 2010: 37-75) y de sus lazos con otras fuerzas políticas (Moraga, 2009: 109-156). Proponen, entonces, retomando un acercamiento únicamente histórico, una lectura del aprismo donde domina su carácter vertical y la intensidad de su militancia.

Si bien estos aportes son muy valiosos para la comprensión de dichos fenómenos, levantan las dificultades que tienen los historiadores para afrontar el difícil problema de la articulación entre historia política y análisis politológico. Nos muestran, incluso, a partir de qué punto la historiografía se mantiene en una línea analítica centrada sobre los hechos o los eventos históricos, resistiéndose a toda pretensión generalizadora o a una inscripción de sus trabajos en una 'finalidad más grande' (Veyne, 1971). Para el politólogo, este tipo de inquietudes son análogas a su trabajo y, desde luego, se esfuerza por comprender un proceso político. Más allá de las dificultades existentes para generalizar o crear modelizaciones a partir de su objeto de estudio, tiene como objetivo este desafío tan irrealizable como efectivo, puesto que se trata de una preocupación y de una exigencia intelectual que están en el corazón mismo de la Ciencia Política. Es ahí, según nuestro parecer, que la historia política deja de serlo para convertirse en sociología histórica de lo político. Por ejemplo en el caso aprista, el carácter vertical de su organización es una constante en las fuentes, pero esta dimensión no puede ser comprendida fuera de un análisis de las relaciones y prácticas sociopolíticas que solo pueden ser analizadas con las herramientas de la Politología o de la Sociología. Esta exigencia no aparece en la

historiografía sobre el aprismo a pesar que podemos adivinar el papel que cumplieron la movilización de recursos individuales, la competencia entre los apristas por el poder interno o la utilización de diversos capitales – económicos, relacionales, profesionales, etc. – en su institucionalización.

A pesar de sus potencialidades, los enfoques más sociológicos centrados sobre los individuos y sus lazos dentro de una organización política no se libran de ciertas dificultades. Existen, en efecto, complicaciones que se dan cuando el investigador pretende poner en marcha sistemas de clasificación basados en criterios específicos como por ejemplo el estudio de las redes políticas o de los lazos político-familiares. Este problema, que Jacques Revel llama “los prejuicios del análisis sociohistórico” (Revel, 1996: 15-36), presenta evidentemente un riesgo, ya que a pequeña escala, la historia de un partido político se dispersa en apariencia en una pluralidad de eventos minúsculos y muy difícilmente observables. De ahí, la necesidad de basar la construcción metodológica en una técnica previa (por ejemplo, una base de datos para el estudio de las redes o de los lazos familiares) y una base teórica suficientemente coherente para responder al desafío de la articulación entre las diferentes escalas sociales: micro, meso y macro sociológicas. Plantear el problema en esos términos es negar pensarlos de manera binaria: actor/grupo, dirigentes/bases sociales, local/global, etc. Se trata de desplazar el campo de análisis sobre los fenómenos de circulación, negociación, de apropiación a todo nivel. Se trata de volver a una lectura donde el lugar del actor sigue estando en el centro de la metodología sin, por lo tanto, centrarse exclusivamente en las estrategias personales. Esta lectura trata de entender el alcance de la experiencia individual en el tiempo y en el espacio a partir de experiencias individuales, como por ejemplo, militar en una red transnacional o recibir una cultura política en el marco familiar.

Volviendo al caso del Partido Aprista Peruano, existen dos campos de estudio que creemos ponen de manifiesto no solamente las potencialidades de este tipo de perspectiva, pero también los novedosos avances en la comprensión de esta fuerza política nacional. Se trata de los estudios sobre las redes políticas apristas (Melgar Bao, 2010: 146-169) en América Latina y de propuestas recientes (Hielan, 2006: 491-518) sobre la politización en el marco familiar en el Perú que pese a no abordar directamente la temática aprista demuestran el peso de la cultura política familiar en familias apristas o comunistas en el siglo 20; más precisamente, se trata de los novedosos artículos del historiador Ricardo Melgar Bao sobre el exilio de los apristas en Chile en los años 1930 y de la historiadora Jaymie Hielan sobre los lazos familiares de la líder senderista Augusta La Torre Carrasco o ‘Camarada Norah’ (Hielan, 2010: 155-169). Estos trabajos examinan la actividad política en contextos sociales diversos a partir de una lectura de la socialización política como espacio de intercambio y debate. El trabajo de Melgar Bao, por ejemplo, nos muestra cómo los lazos interpersonales y la vida privada de los apristas en exilio funcionaban como un aparato político que permitía organizar la resistencia en exilio así como establecer contactos con formaciones chilenas para obtener tribunas mediáticas para su propaganda. En cuanto al artículo de Hielan, basado en una doble perspectiva metodológica –trabajo de fuentes y entrevistas sociológicas–, se empeña en seguir recorridos individuales que hacen aparecer la multiplicidad de las experiencias, la pluralidad de los contextos de referencia y la importancia de la política en las familias de los miembros de Sendero Luminoso. Por ejemplo, insiste de manera magistral en su conclusión sobre el interés de estudiar las trayectorias políticas de las familias apristas, especialmente la familia Spelucín e incluso la propia familia de la senderista Elena Iparraguirre que era hija de un militante del PAP.

Así como estos trabajos ponen al descubierto el interés de examinar formas no tradicionales de hacer política, también levantan interrogantes sobre la importancia que se le debe dar a los datos cualitativos: entrevistas, trayectorias y testimonios escritos individuales. Esto plantea la dificultad de utilizar un enfoque metodológico que examina recorridos individuales con el fin de hacer aparecer todas las dimensiones de la actividad política: experiencias, contradicciones, luchas, etc.

Para evitar caer en la trampa de sobrevalorar el peso del individuo frente al colectivo, el investigador debe tener muy en claro que busca sobre todo comprender cuál era el contexto –histórico, sociopolítico, económico, etc.– que permitía la eclosión y luego el desarrollo de las acciones políticas. Tiene también que recordar que estudia mayoritariamente lazos sociológicos cuyas expresiones son tan diversas como variables: lazos políticos, familiares, de amistad, de enemistad, etc. Al igual que los retos metodológicos propuestos por el antropólogo Frederik Barth en torno a los ‘modelos generadores’ (Barth, 1969), se trata de ver cómo integrar totalmente, y ya no como excepciones y desviaciones, las trayectorias individuales así como las opciones individuales. En el caso del aprismo, este aspecto reviste gran importancia, puesto que se trata de reconstruir universos políticos relacionales a partir de fuentes muy fragmentarias. En consecuencia, apoyamos la idea de que la sociología histórica de lo político debe tomar en cuenta la existencia de diferentes tipos de relaciones que alimentan las configuraciones políticas. Se trata, para nosotros, de otra manera de hacer sociología, que si bien tiene defectos como toda metodología, tiene el mérito de tratar de acercarse de manera muy detallada a la experiencia política en todas sus variantes, temporalidades y contradicciones. Creemos, en ese sentido, que dicha propuesta puede aportar mucho para realmente percibir y luego explicar lo que fue por ejemplo la experiencia aprista en sus múltiples expresiones.

Conclusión

Por falta de espacio, no podemos desarrollar más los enfrentamientos y fenómenos de diferenciación interna dentro de la Ciencia Política. Sin embargo, es importante resaltar aquí que la historización de la Ciencia Política tiene tanto hinchas como detractores. Basta con leer la reacción del politólogo francés Pierre frente a lo que él denuncia como una resignación de la Ciencia Política frente a la Historia y que considera como una pérdida de identidad profesional (Favre, 1998: 217-230). En todo caso, es verdad que los politólogos que se sitúan en esta categoría de la politología, comparten un mismo interés por la interdisciplinariedad, leen los mismos autores, comparten los mismos problemas, emplean métodos similares y publican en las mismas revistas. Más allá de las obras que le dieron un rumbo nuevo a la Ciencia Política, estimamos que esta evolución tiene como punto de partida el diálogo que muchos de ellos empezaron a tener con los historiadores. Es decir, estos politólogos dialogaron muy tempranamente con un campo de las ciencias humanas y sociales que siempre se negó a estructurar la historia en torno a escuelas, a una teoría dominante o una metodología única. Esto favoreció, entonces, los intercambios, la creación de seminarios interdisciplinarios y ni qué hablar de la difusión de los trabajos de historia social de ‘L’Ecole des Annales’. Se pudo así crear espacios de diálogo interdisciplinario sin que cada disciplina pierda su especificidad. Por ejemplo, los historiadores se guardaron celosamente el privilegio de aparecer en el espacio público como los únicos especialistas del pasado. Asimismo, leían e integraban a sus trabajos artículos o libros de importantes politólogos.

Cualesquiera que sean sus variantes y sus expresiones, la sociología histórica de lo político ha ido consolidando la importancia de tomar en cuenta la naturaleza social e histórica de la actividad política. Ha permitido también mejorar nuestra comprensión sobre fenómenos

tan variados como la construcción de la nación, el clientelismo, la guerra, los partidos políticos o la evolución del voto electoral. Otros temas como las instituciones o las democracias merecen igualmente toda nuestra atención, especialmente en una óptica comparativa que permita combatir el repliegue de la Ciencia Política en los ámbitos universitarios nacionales, cosa que sería fatal para su desarrollo. Es ahí donde el Partido Aprista Peruano, a la luz de su historia, su condición de objeto de estudio en el Perú y en el extranjero, y de su sociología política, nos pareció un excelente ejemplo de todos estos problemas pero, sobre todo, de las diferentes ofertas metodológicas que ofrece la sociología histórica de lo político. Sin embargo, este artículo no pretendía responder a todas las preguntas existentes en torno al uso de este tipo de enfoque interdisciplinario. Nuestro objetivo fue, más bien, mostrar que no hay que limitarse exclusivamente a una visión del aprismo reservada a los politólogos, otra a los sociólogos y en fin otra a los historiadores. Por otra parte, buscamos subrayar que teniendo en cuenta la naturaleza de este partido, era coherente comprenderlo a partir de una perspectiva que resalte su carácter sociológico e histórico. Es allí donde, modestamente, buscamos darle mayor apertura a un campo de estudio que ha sido muchas veces ciego si se tiene en cuenta la riqueza de una organización política que forjó solidaridades y una cultura política que marcó la manera de politizarse en el Perú.

Bibliografía

- AGUIRRE, Carlos.**
2009 "Luces y sombras en la historia del Apra". *Histórica*, N.º2, 2009, p.159-164.
- ÁLVAREZ JUNCO, Juan y GONZÁLEZ, Luis (comp.).**
1994 *El populismo en España y América*. Madrid: Catriel.
- ANDERSON, Perry.**
1974 *Passages from antiquity to feudalism*. London: Humanities Press.
- BARTH, Frederick.**
1969 *Models and social organisation*. London: Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland.
- BERGER, Peter y LUCKMANN, Thomas.**
1966 *The social construction of reality*. New York: Doubleday.
- BIEBER, León.**
1982 *En torno al origen histórico e ideológico del ideario nacionalista populista latinoamericano*. Berlín: Colloquium Verlag.
- ELIAS, Norbert.**
1982/ 1970 *Sociología fundamental*. Barcelona: Gedisa.
1990/ 1983 *Compromiso y distanciamiento*. Barcelona: Península.
- FAVRE, Pierre.**
1998 "Pour une évaluation plus exigeante des fondements de la, socio-histoire du politique". En Favre, Pierre; Legrave, Jean-Baptiste (dir.), *Enseigner la science politique*. Paris: L'Harmattan.
- GERMANI, Gino.**
1975 *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*. México D.F.: Era.
- HEILMAN, Jaymie.**
2006 "We will no longer be servile: aprismo in 1930s Ayacucho". *Journal of Latin American Studies*, N.º 3, p.491-518.
2010 "Families ties: the political genealogy of Shining Path's comrade Norah". *Bulletin of Latin American Research*, N.º2, p.155-169.
- KLAREN, Peter.**
1976 *Formación de las haciendas azucareras y orígenes del Apra*, Lima, IEP Ediciones.
- KANTOR, Harry.**
1964 *El movimiento aprista peruano*. Buenos Aires: Editorial Pleamar.
- MANRIQUE, Nelson.**
2009 "Usted fue aprista!" *Bases para una historia crítica del Apra*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- MELGAR BAO, Ricardo.**
2010 "Huellas, redes y prácticas del exilio intelectual aprista en Chile". En Altamirano, Carlos (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*. Buenos Aires: Katz.

MOORE, Barrington.

1966 *Social origins of dictatorship and democracy: lord and peasant in the making of the modern world*. Boston: Beacon Press.

MORAGA VALLE, Fernando.

2009 "Un partido indoamericanista en Chile? La nueva acción pública y el Partido Aprista Peruano". *Histórica*, N.º 2, p.109-156.

MURILLO GARAYCOCHEA, Percy.

1976 *Historia del Apra (1919-1945)*. Lima: Editor Enrique Delgado Valenzuela.

PIKE, Frederick.

1983 "Visions of rebirth: the spiritualist facet of Peru's Haya de la Torre". *The Hispanic American Historical Review*, N.º3, p.479-519.

REVECO, Juan Manuel.

1994 "V́ctor Raúl Haya de la Torre en Chile. Notas históricas sobre el fundador del Apra". *Estudios Sociales*, N.º 79, 1994, p.53-70.

REVEL, Jacques.

1996 "Micro-analyse et construction du social". En Revel, Jacques 1996 (sous la dir.), *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*. Paris: Gallimard/Seuil.

SESSA, Luis.

2010 "Solo el aprismo salvará a la Argentina. Una reconstrucción de la militancia aprista en la Argentina a fines de la década de 1930". *Apuntes*, N.º 67, p.37-65.

SKOCPOL, Theda.

1979 *States and social revolutions: a comparative analysis of France, Russia and China*. New York: Cambridge University Press.

THOMPSON, Edward P.

1966 *The making of the English working class*. London: Vintage.

TILLY, Charles.

1978 *From mobilization to revolution*. Reading, Addison-Wesley Publishing Co.

VEGA CENTENO, Imelda.

1986 *Ideología y cultura el aprismo popular*. Lima: Tarea.

VEYNE, Paul.

1971 *Comment on écrit l'histoire*. Paris: Le Seuil.

WEBER, Max.

2003/ *La ética protestante y el espíritu de capitalismo*.
1903 México D.F.: Fondo de Cultura Económica.